

Capdevielle, Julieta

Doyle, María Magdalena

Weckesser, Cintia

julietacapdevielle@gmail.com cintiaweckesser@yahoo.com.ar;

mmdmagda@yahoo.com.ar;

Escuela de Ciencias de la Información, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales,

Universidad Nacional de Córdoba

Área temática: Teorías y metodologías de la investigación en comunicación.

Palabras claves: metodología, comunicación, identidad.

HOJA DE RUTA: ESTRATEGIAS METODOLÓGICAS Y TÉCNICAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DEL OBJETO

Para abordar la manera en que se producen los procesos de construcción de sentidos y específicamente los procesos de configuración de la identidad en los distintos espacios de interacción resultan interesantes los aportes de la perspectiva comunicación/ cultura. Esta matriz de pensamiento adquirió fuerza en el campo de la investigación latinoamericana en los años '80. Consiste en una "perspectiva menos cerrada para analizar las relaciones de poder en la que es indudable la impronta gramsciana que se reactualiza" (Sanguinetti: 2001: 98). Este abordaje se enmarca en aquella corriente de pensamiento que retoma las conceptualizaciones y análisis de los Estudios Culturales ingleses, esencialmente de R. Williams. El autor define a la cultura como un "sistema significante realizado" (Williams: 1982: 194), como los modos y las prácticas con que la sociedad confiere sentido a sus experiencias y reflexiona sobre ellas. Como tal, la cultura forma parte de todos los otros sistemas sociales, está imbricada en ellos como su *dimensión significante*, constituyendo las matrices culturales que organizan el sentido en un momento histórico dado. Así concebidas, las prácticas culturales (de construcción de sentido) no están subordinadas a las demás prácticas sino que son parte constitutiva de ellas. (1)

La comunicación es pensada como el proceso sociocultural básico de producción de sentido y la cultura como totalidad de significados que una comunidad comparte, como proceso colectivo, histórico y continuo de producción de significaciones. Por lo tanto, se considera que la comunicación no puede ser pensada al margen de la cultura y viceversa. Ello llevó a H. Schmucler (1982) a postular la necesidad de reemplazar la conjunción “y” por la “/”, ya que en la relación entre ambas categorías “la barra acepta la distinción pero anuncia la imposibilidad de un tratamiento por separado”. Por esta razón, asumiendo la naturaleza negociada y transaccional de toda comunicación, se apunta a comprender los procesos de apropiación, negociación, intercambios y resignificación de sentidos en todos los ámbitos de la vida social.

Por otro lado, los abordajes desde esta perspectiva presuponen una recuperación del “sujeto” partiendo de reconocer su autonomía aunque en tensión con la heteronomía en la que se enmarcan los procesos de producción de sentidos. Es decir, desde esta perspectiva se vuelve la mirada hacia los problemas del sujeto pero no “en tanto que esencia natural o divina, fija o dinámica, sino como al conjunto de disposiciones específicas que en un cierto corte de análisis de los procesos históricos contribuye de un modo o de otro a su emergencia y a su definición” (Caletti: 200: 44- 45).

Entendemos entonces a la comunicación como aquel proceso dialógico, relacional, “espacio de lo común” (Casullos: 1989) donde se construyen sentidos compartidos, un horizonte común, en el marco de condiciones históricas específicas. Lo anterior nos habilita para pensar a la comunicación como la condición de posibilidad para la construcción de las identidades, ya que se presenta como “un territorio común, tejido por un estar en ese lugar con otros, configurados por memorias, por luchas, por proyectos, significa un encuentro y reconstrucción permanente de sentidos, de núcleos arquetípicos, de utopías.” (Huergo: 1997)

Por otro lado, partiendo de reconocer que todo proceso de cambio en el ámbito relacional requiere redefiniciones a un nivel simbólico, la comunicación se presenta como mediadora en los procesos de transformación y reelaboración de los sentidos que actúan en la reconfiguración identitaria. En otras palabras, las prácticas funcionan como estructurantes de los sentidos que al mismo tiempo redefinen las prácticas.

De los planteos expuestos hasta aquí se desprende que, tal como Schmucler afirmaba la imposibilidad de escindir el vínculo entre comunicación/ cultura, en esta investigación consideramos que la junción comunicación/ identidad –integrada, por supuesto, en el marco de una cultura- se produce con el mismo nivel de implicancia mutua. Es decir, la comunicación emerge como condición de posibilidad de la identidad porque esta última presupone “la puesta en común, la construcción colectiva (no siempre consciente) de significaciones socialmente reconocibles, a través de la palabra y de la acción” (Caletti: 2001). Al mismo tiempo, no puede hablarse de la comunicación como una abstracción sino de procesos de interacción entre sujetos histórica, social y culturalmente situados: sujetos de identidad.

HACIA UNA CONCEPCIÓN RELACIONAL Y SITUACIONAL DE LA IDENTIDAD

La raíz semántica del concepto “identidad” tiene un sentido esencialista que hace referencia a una sustancia o a una estructura estable del individuo o grupo. La etimología latina de esta palabra, *identitas*, alude a “lo que es lo mismo”, incluso “ser uno mismo”. Sin embargo, aquí entendemos a la identidad, aquellos rasgos que diferencian a un sujeto o grupo respecto a los demás, no como una estructura estática y definitiva, sino que se construye y reconstruye al transformarse los espacios de inserción de los sujetos. Pero, a su vez, los sentidos y las lógicas de acción que los sujetos construyeron en una trayectoria condicionan sus estrategias, el modo en que se insertan en cada nuevo espacio en función del modo en que se definen.

Pero veamos brevemente por donde pasan las discusiones sobre este tema. Pueden distinguirse posiciones opuestas en el modo en que este concepto ha sido y es construido. Denys Cuche (1999) sistematiza y explica las diferentes concepciones tanto *objetivistas* como *subjetivistas*. Las primeras definen la identidad a partir de cierto número de criterios determinantes, considerados objetivos como el origen común, la lengua, la religión, etc. Desde esta perspectiva se considera que la identidad preexiste al individuo, se la define de manera estable y definitiva. Por otro lado, las posiciones subjetivistas definen a la identidad no como un fenómeno estático, definido de una vez y para siempre. Se trata en cambio, de

un sentimiento de pertenencia o una identificación con una colectividad más o menos imaginaria. Desde este enfoque se busca conocer las representaciones que los individuos se hacen de la realidad social.

Adoptar exclusivamente uno de estos enfoques no resulta del todo productivo puesto que se estaría ontologizando una disección del objeto que impediría arribar a comprensiones más complejas y completas de un fenómeno. La identidad es una construcción social y no algo dado. Esta construcción se realiza al interior de los marcos sociales que determinan la posición de los agentes y por lo tanto orientan sus procesos de construcción simbólica.

Tal como lo define Reguillo Cruz, la sociedad puede entenderse como un conjunto de relaciones estructuradas en el tiempo y en el espacio. La autora basa esta definición en la noción de espacio social de Pierre Bourdieu. Éste concibe a la sociedad en su conjunto como un espacio pluridimensional de posiciones, donde toda posición actual puede ser definida en función de un sistema pluridimensional de coordenadas, cada una de ellas ligada a la distribución de una especie de capital diferente. Este espacio social es una construcción que define acercamientos y distancias sociales. Así, cada grupo social se va autodefiniendo en un movimiento constante, en función de sus relaciones con otros grupos y con su posición dentro de un sistema de fuerzas. Entonces, la imagen que dicho grupo tenga de sí mismo no puede estudiarse sin reconstruir el espacio social y la posición de los agentes en él. Esta autodefinición, producto de una constante negociación, va definiendo el accionar de los actores sociales.

En síntesis, desde esta concepción se entiende a la identidad como una construcción que se elabora en relación con *otros*, como una manifestación *relacional*. Esta noción permite superar la dicotomía subjetivismo/ objetivismo, ya que expresa la resultante de las diversas interacciones entre el individuo y su entorno social. En ese sentido, la identidad permite que el individuo se ubique en el sistema social y que él mismo sea ubicado socialmente: en una clase social, género, grupo etario, etc.

Al mismo tiempo, tal como lo vimos planteando, la identidad se configura como un campo en constante proceso de transformación. Esta afirmación nos indica que, intrínsecamente ligada a su dimensión relacional, la identidad tiene una dimensión

histórica. Los modos en que los hombres piensan y en particular las formas en que se piensan a sí mismos y a los “otros”, son de naturaleza histórica: ese “nos/otros” es el resultado tanto de sedimentaciones a lo largo de un de un proceso como también una contingencia sujeta a transformaciones (Grimson: 2000: 31). Así, los “rasgos” culturalmente compartidos con los otros miembros del grupo, que los diferencian de los no-miembros, sólo podrán ser acentuados en determinadas circunstancias en relación a contextos e intereses específicos. Por ello el estudio de las afiliaciones identitarias y sus significados remite también a la problemática de las condiciones histórico culturales en las que se definen las categorías de alteridad.

UNA PROPUESTA METODOLÓGICA PARA LA CONSTRUCCIÓN DE LA “IDENTIDAD” COMO OBJETO DE ESTUDIO

Partimos, tal como lo hace Reguillo Cruz (1996: 93), de entender a la metodología, no como un recetario a seguir sino como una búsqueda, como un proceso de aprendizaje donde se requiere dar cuenta de la relación que se busca hilar entre el sujeto que conoce y el sujeto conocido.

Por el modo en que venimos desarrollando los conceptos centrales de esta presentación, nos parece importante recalcar que el abordaje de las identidades y sus procesos de configuración no puede separarse ni de la estructura sociopolítica en la que se insertan ni de los procesos subjetivos (culturales, identitarios) desde los cuales los actores producen y reproducen el mundo social.

Hay entonces, una dimensión *objetiva* que enmarca, condiciona y se transforma en estos procesos y una dimensión *subjetiva*, construida colectivamente, que da forma a la percepción y a las experiencias colectivas. Ambas se entrelazan dialécticamente.

Antes de describir las herramientas que proponemos para la objetivación de la identidad, haremos referencia a los supuestos epistemológicos que subyacen y justifican dicha propuesta.

EL PUNTO DE PARTIDA: LOS PRESUPUESTOS EPISTEMOLÓGICOS

Si el objetivo es comprender las relaciones entre las estructuras objetivas, la identidad históricamente configurada en determinados espacios de interacción y las prácticas concretas que se realizan y cobran sentido en este marco, la mira se ubica no sólo

sobre el mundo objetivo, sino en el contexto del mundo de la vida que tiene una relación de copresencia con el anterior (Vasilachis de Gialdino: 1992a: 48). Es decir, las estructuras sociales existen dos veces: lo social está conformado por relaciones objetivas independientes de los agentes, y al mismo tiempo los individuos otorgan un determinado sentido a esas relaciones, por lo que “se impone al científico social una doble lectura de su objeto de estudio: objetiva y subjetiva, a la vez, pero concebidas en una construcción teórica que supone una relación dialéctica entre ambas” (Gutiérrez: 2003: 31).

Ello conduce al problema de la *objetividad* en las ciencias sociales: desde esta perspectiva “la realidad no puede ser conocida ni de forma directa ni de manera infalible sino que sólo puede ser reflejada por la convergencia de observaciones desde múltiples e interdependientes fuentes de conocimiento” (Vasilachis de Gialdino: 1992a: 63), es decir, se entiende a la intersubjetividad como criterio de objetividad. Esta intersubjetividad provee validez al conocimiento y le permite acceder a las zonas “no objetivas” del mundo social.

Otra condición para la objetividad consiste en la necesidad de llevar a cabo una permanente reflexión epistemológica, entendida como el constante proceso de interrogación que hace el científico social, a lo largo de todo el proceso de investigación, sobre las características del objeto construido, los métodos, herramientas, teorías y supuestos desde los que se pretende dar cuenta de un determinado fenómeno, así como también los condicionamientos que forman parte de su propio contexto de interpretación (2) (Vasilachis de Gialdino: 1992a: 48).

Finalmente consideramos que es el punto de vista el que crea al objeto (Vasilachis de Gialdino: 1992b: 75), ya que todo fenómeno es susceptible de múltiples lecturas y permanentes aproximaciones.

LO OBJETIVO Y LO SUBJETIVO COMO DIMENSIONES DEL OBJETO CONSTRUIDO

De lo anterior se desprende que la presente es una propuesta orientada a captar la dialéctica entre lo singular y lo universal, entender en qué los individuos son el producto de una historia, estudiar la relación entre memoria e historia, cruzando a) el análisis de los diferentes determinismos que contribuyen a producir a los individuos y b) el análisis de la

relación de los individuos con esas determinaciones, es decir, del trabajo que llevan a cabo para contribuir a la construcción de su propia existencia (De Gaulejac: 1999: 90).

Tal como lo plantea De Gaulejac, las estructuras y procesos *objetivos* (estructuras de producción, formación de clases sociales, modos de vida según el medio social) y las estructuras de tipo *subjetivo* son “dos caras de una misma realidad, lo social”. Por ello, afirma el autor, los investigadores sociales “deberían esforzarse por reunificar el pensamiento de lo estructural y lo simbólico para llegar a un pensamiento de la praxis, es decir, captar las contradicciones que el orden instituido engendra y las transformaciones estructurales que de allí resultan” (Ibidem).

Las identidades, plantea De Gaulejac, se construyen en el cruce de dos dimensiones: las relaciones del individuo con su medio social y cultural y con él mismo, en el trabajo que efectúa para construir su individualidad. Esta relación es la que emerge al trabajar desde la oralidad[1]. El método cualitativo, y dentro de él el método biográfico (del cual forma parte la entrevista en profundidad y la entrevista grupal), debe permitir reconciliar observación y reflexión, objetividad y subjetividad, a fin de aprehender las diferentes facetas de un relato.

Tal como lo define De Gaulejac, el relato oral contiene dos aspectos:

Designa lo que *realmente* ha pasado durante la existencia de un individuo (o de un grupo), es decir, el conjunto de acontecimientos, los elementos concretos que han caracterizado e influenciado su vida.

Designa la historia que se cuenta sobre la vida de un individuo (o un grupo); es decir, el conjunto de relatos por él mismo y/o por otros sobre sus experiencias, sobre su existencia (Ibidem: 92).

Sin embargo, el autor nos previene de una “trampa metodológica” en que podemos vernos inmersos al posicionarnos desde esta perspectiva: consiste en sumergirse en lo vivido, lo sentido, la experiencia personal como si ésta pudiera encontrar su sentido en sí misma. Por el contrario, una conducta, una actitud no tiene absoluta autonomía en relación con las condiciones desde las que surge. El análisis de estas *condiciones*, nos dice De Gaulejac, es necesario al momento de buscar entender “lo vivido”, y la teoría es necesaria para guiar este análisis (Ibidem: 99). En síntesis, se trata de estudiar los procesos de decisión y el comportamiento de los sujetos (individuos o grupos), indagando las

estructuras sociales que enmarcan sus opciones y las consecuencias de sus acciones. Ahora bien, las condiciones y estructuras de relaciones sociales se encarnan en sujetos con identidades sociales (las cuales se van gestando en el plano simbólico de las mismas relaciones sociales). Desde esas identidades los sujetos confieren sentido y significación a las relaciones en que están insertos y orientan sus acciones. La tarea de la investigación es, entonces, describir las acciones en el marco de las relaciones sociales y patrones culturales aceptados en la práctica cotidiana de un grupo social. Cabe aclarar que al hablar del *sentido* no nos referimos a la noción de racionalidad ni a la conciencia del sujeto, sino que aludimos a una “visión particular de los comportamientos, acciones y relaciones sociales” (Jelin et. al.: 1999: 132).

Para lograr este análisis complejo es necesario encontrar dispositivos que permitan, en primer lugar, “trabajar en sincronía, para poner en perspectiva la historia individual con el contexto social en el que se inscribe; y en diacronía, considerando al individuo como parte de una historia personal, social” (Ibidem: 100). En segundo lugar, debe adoptarse una perspectiva dinámica: “si el individuo es parte de una historia, es igualmente agente de historicidad; es decir, productor de esa historia, en un intento renovado y permanente de influir en su desarrollo” (Ibidem) Y, en tercer lugar, debemos poder articular lo individual y lo colectivo, “construyendo dispositivos que permitan al mismo tiempo profundizar en lo vivido individualmente y ajustar en perspectiva cada relato personal con otros relatos producidos por personas que comparten las mismas condiciones de existencia” (Ibidem).

En síntesis, apropiándonos de la palabra de Lévi-Strauss, podemos afirmar que “toda interpretación válida debe hacer coincidir la objetividad del análisis histórico o comparativo con la subjetividad de la experiencia vivida” (Lévi-Strauss: 1986)

LA METODOLOGÍA CUALITATIVA

La metodología cualitativa tiene como presupuesto fundamental que la investigación social debe ser “más fiel al fenómeno que se estudia que a un conjunto de principios metodológicos” (Vasilachis de Gialdino: 1992a: 57). De este modo, la metodología de abordaje se plantea como un proceso de aproximaciones sucesivas, cada vez más profundas, buscando comprender las decisiones y acciones de los sujetos,

poniendo en relación la estructura en que se insertan y los sentidos que ellos atribuyen a las mismas.

La investigación cualitativa depende “de la observación de los actores en su propio terreno y de la interacción con ellos en su lenguaje y con sus mismos términos” (Ibidem.: 59). Es decir, implica un compromiso con el trabajo de campo a fin de comprender las estructuras significativas del contexto en que ellos están inmersos.

En relación con lo anterior, otra característica del trabajo cualitativo es su carácter inductivo más que deductivo, ya que no comienza con una hipótesis sino que genera hipótesis a partir de los datos obtenidos en los diversos ingresos al campo.

Esta metodología posibilita construir el objeto desde una mirada procesual que permite la articulación entre cambios contextuales, prácticas y decisiones colectivas e individuales, posibilitando una construcción más compleja del objeto.

EL DISEÑO DE LA INVESTIGACIÓN

Los diseños de investigaciones cualitativas se caracterizan por un alto grado de flexibilidad. Su carácter recursivo pretende hacer una lectura actualizada sobre una realidad cambiante. Esto implica un ir y venir entre los datos y la teoría y viceversa, manteniendo la provisoriedad de las conclusiones y la constante revisión de las afirmaciones. Ello está relacionado con la necesidad de un avance no lineal a lo largo de la investigación ya que sus momentos no guardan entre sí ninguna rigidez secuencial, por eso, debe ser posible retroceder o avanzar de manera dinámica.

Al interior de la metodología cualitativa, retomamos esencialmente las técnicas de entrevistas grupales informales, encuentros periódicos con informantes clave, entrevistas semiestructuradas, entrevistas en profundidad (siempre acompañadas por el empleo del diario de campo) y observación. Además, tal como lo plantea Rosana Guber (2001) también los encuentros y conversaciones informales son fuentes de información que permiten acceder a las percepciones y a la cotidianeidad de los sujetos.

Al mismo tiempo es necesario triangular estos datos con otros obtenidos a partir de *fuentes secundarias*: análisis de documentos elaborados por el propio grupo (si los hubiera), fuentes documentales, material periodístico relacionado de alguna manera con la situación

el grupo, investigaciones de carácter histórico y documentos de análisis macroeconómico y macrosocial.

La entrevista semi estructurada, en la cual se aborda al entrevistado con una pauta de preguntas predefinidas, permite, junto a las entrevistas grupales informales y la observación no sistemática, construir una primera mirada sobre la situación del grupo. Ello tanto en relación a sus miembros así como también las relaciones entre los mismos.

La entrevista grupal informal, siguiendo a Combessie, “trata de favorecer y recoger una palabra producida en la interacción de un grupo social preexistente” (Combessie: 2005: 45). Ésta permite observar los tabúes, prohibiciones y rivalidades, compromisos y negociaciones al interior de un colectivo. Con la utilización de este tipo de técnica, “hay recuerdos que brotan o reaparecen, interrupciones de uno en el discurso de otro que permiten verificar la existencia o ausencia de unanimidad y llegar, después de muchas vacilaciones a una verdad común” (Ibidem). Es decir, esta técnica permite analizar los discursos de los sujetos y ponerlos en relación con la observación de los procesos de interacción en el espacio compartido, de lo que hacen y lo que omiten hacer. La combinación de ambas técnicas es de gran utilidad para comparar discursos y prácticas.

Una vez que se establece un primer acercamiento al grupo, durante el cual sea posible identificar los núcleos de sentido claves de la identidad del colectivo, y que se definan en función de ello los ejes a profundizar en la investigación, cobra utilidad otra técnica de la metodología cualitativa: la *entrevista en profundidad*. Ésta tiene una mirada más amplia y exhaustiva que la entrevista semi estructurada. Siguiendo a Combessie (2005), el método para realizar la entrevista en profundidad es el mismo de la entrevista semi estructurada pero a más largo plazo. Las preguntas son abiertas, a fin de estimular el diálogo, y se encuadran en una pauta que se reitera a los distintos entrevistados, pero dejando lugar a la libre expresión. Se centra en temas específicos de la vida de los sujetos. Responde al fin de indagar sobre algunos aspectos como sentimientos, creencias, valores, motivaciones, el modo en el que los sujetos se definen y definen su propia situación, es decir, cuestiones más subjetivas de los protagonistas. Al mismo tiempo, en el relato que produce el sujeto se articula la percepción de él mismo sobre su propia vida y el análisis del contexto familiar, cultural, social y económico, con lo cual ofrece la posibilidad de

comprender los diferentes elementos que han influido y condicionado su trayectoria (De Gaulejac: 1999). El relato individual es la expresión de una historia singular que individualiza la historia social colectiva, siendo su expresión y su producto. Así, las entrevistas permiten comprender algunas dimensiones de la identidad de los sujetos. Éstas se manifiestan en dos elementos que, por lo general, surgen en ese tipo de entrevistas: un elemento de distinción y un elemento de alteridad. El primero está dado por las cosas propias, peculiares del grupo de pertenencia y el segundo por la definición de un *otro*. Ese *nosotros* y ese *otros* pueden emerger en el diálogo con los sujetos.

Un punto importante en la caracterización de esta técnica es su “carácter de trabajo retrospectivo” (Correa: 1999: 41). Es decir, para el sujeto, contar sus experiencias de vida es remontarse, a partir del presente, a lo largo de su trayecto biográfico y hacer resurgir los acontecimientos, las situaciones vividas en los diversos momentos de ese trayecto. Así, “en un mismo y único movimiento, el sujeto se vuelve a relacionar con su pasado y se inscribe en el futuro” (Ibidem). Es por ello que con las entrevistas en profundidad se pretende identificar no sólo las definiciones que los sujetos construyen de sí mismos y los contextos de esa construcción sino también las etapas y períodos que dieron forma a las perspectivas de los protagonistas.

Para el análisis del material recopilado a partir de las técnicas, retomamos los aportes de Combessie (2005). El autor propone la confluencia de dos “métodos”: a) análisis de contenido: incluye identificar temas y subtemas, elegir palabras claves, etc. y b) sociologizar el análisis de los modos de expresión: significa ponerlos en relación con las características sociales de los hablantes, para establecer rasgos comunes y distintivos.

A su vez, Combessie propone hacer estos análisis desde dos perspectivas: *longitudinal* (a lo largo de una entrevista ver: a- qué temas aparecen, cómo se encadenan, cuáles son las prioridades, ver las recurrencias y b- características sociales del hablante) y *transversal* (análisis comparativo de las entrevistas para ver: a- cómo se trata un tema o subtema en diferentes entrevistas, b- comparar palabras y expresiones usadas para referirse a un tema, modos de nombrar a los otros, etc. y c. comparar y establecer rasgos comunes y distintivos entre los sujetos en función de la posición social, trayectoria, etc.)

El cruce de los distintos relatos impide caer en la trampa del punto de vista único y central en que puede tender a ubicarse un determinado relator, y dar lugar en cambio, a la pluralidad de perspectivas y puntos de vista que muchas veces coexisten o incluso compiten. Este cruce de relatos tiene también por objetivo analizar a qué responde la existencia de dicha pluralidad, en caso de que existiese.

Las técnicas antes descriptas deben ser acompañadas por el uso del *diario de campo* donde se registra información, descripciones de las situaciones y percepciones personales del investigador sobre experiencias vividas y hechos observados. El diario de campo “tiene por función registrar en caliente el descubrimiento, casi de la misma forma bajo la cual se manifiesta y con una mínima pérdida de información.” (Ibidem: 32). Una vez analizadas, estas notas pueden formar parte del análisis del trabajo.

Finalmente, tal como ya lo mencionamos, es necesario realizar una *triangulación* entre el material recopilado a partir de fuentes primarias e información obtenida de fuentes secundarias. Entre éstas, proponemos:

- El seguimiento de la *prensa escrita* a fin de reconstruir el “pulso de la discusión pública” (Reguillo: 1996: 99) de los asuntos relacionados con el grupo.
- La recopilación de indicadores estadísticos.
- La revisión de investigaciones de carácter histórico, documentos de análisis macroeconómicos, etc.

A partir de estas fuentes se busca reconstruir el marco de relaciones objetivas en el cual se inserta la unidad de análisis.

PALABRAS FINALES

Esta propuesta se desprende de una investigación que realizamos en el marco de la elaboración de la tesis de grado, cuya unidad de análisis fue la cooperativa de trabajo Confortable, integrada por un grupo de 127 ex - empleados de empresas del transporte urbano de la ciudad de Córdoba. En dicho análisis buscamos indagar cómo funcionó la identidad laboral de los sujetos, enmarcada en condiciones sociales específicas, en un proceso de recuperación de la fuente de trabajo. La propuesta que hasta aquí desarrollamos fue construida en el curso de dicha investigación, y nos permitió dar cuenta del modo en que se (re)configuró la identidad de estos sujetos al intentar recuperar el empleo en el cual

habían consolidado, a lo largo de una trayectoria, una definición de sí mismos, de los otros, del propio lugar en la sociedad. Realizamos la reconstrucción del proceso protagonizado por estas personas articulando las condiciones objetivas con las redes de interacción en el ámbito laboral y el universo de sentido que desde ellas se fueron definiendo. Esto respondió al modo en que habíamos definido la identidad: como una construcción *relacional* que no puede abordarse sin reconstruir la manera en que, a lo largo del tiempo, entraron en relación los distintos actores al interior del espacio social.

Presentamos estas reflexiones sólo a modo de propuesta para el abordaje de una problemática central en el campo de los estudios comunicacionales, como lo son los procesos de configuración de las identidades. Sin embargo, reconocemos que la metodología de una investigación sólo puede terminar de definirse en función del objetivo de cada investigador y de los límites impuestos por las particularidades del grupo que se estudie.

Notas:

1. Otras influencias teóricas sobre esta matriz de pensamiento fueron, por ejemplo, Antonio Gramsci, Pierre Bourdieu, Michel Foucault, Michel de Certeau.

2. Sobre esta discusión ver también BOURDIEU, Pierre, CHAMBOREDÓN, J-C y PASSERÓN, J-C. *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Siglo veintiuno editores, Argentina, 1975.

BIBLIOGRAFÍA:

BOURDIEU, Pierre, CHAMBOREDÓN, J-C y PASSERÓN, J-C. *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, Siglo Veintiuno editores, Argentina, 1975.

BOURDIEU, Pierre. “Espacio social y génesis de las clases”, en *Sociología y cultura*, México, Grijalbo, 1990.

CALETTI, Sergio. “Siete tesis sobre comunicación y política”, en Revista *Diálogos de la Comunicación*, N° 63, diciembre de 2001.

CASULLOS, Nicolás. *Comunicación y Democracia*, Nueva Imagen, Buenos Aires, 1989, en Abatedaga, Nidia. *Por qué hablar de comunicación*, Cuadernos de capacitación, sin edición.

COMBESSIE, Jean- Claude. *El método en sociología*, Ferreira Editor, Córdoba, 2005.

CORREA, Rosario. “La aproximación biográfica como una opción epistemológica, ética y metodológica”, en BENOGA, José (comp.) *Historias y relatos de vida: investigación y práctica en las ciencias sociales*, Ediciones Sur, Santiago de Chile, 1999.

CUCHE, Denys. *La noción de cultura en Ciencias Sociales*, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1999.

DE GAULEJAC, Vincent. “Historia de vida y sociología clínica”, en BENOGA, José (comp.) *Historias y relatos de vida: investigación y práctica en las ciencias sociales*, Ediciones Sur, Santiago de Chile, 1999.

GRIMSON, Alejandro. *Interculturalidad y comunicación*, Editorial Norma, Buenos Aires, 2000.

GUBER, Rosana. *La etnografía. Método, campo y reflexividad*, Editorial Norma, Buenos Aires, 2001.

GUTIERREZ, Alicia B. *Pobre, como siempre... Estrategias de reproducción social en la pobreza*, Ferreyra Editor, Córdoba, 2005a.

GUTIERREZ, Alicia B. *Las prácticas sociales: una introducción a Pierre Bourdieu*, Ferreyra Editor, Córdoba, 2005b.

GUTIERREZ, Alicia B. “La Construcción Social de la Pobreza. Un análisis desde las categorías de Pierre Bourdieu”. En *Anduli: Revista Andaluza de Ciencias Sociales*, Departamento de Sociología, Universidad de Sevilla, N°2, 2003.

HUERGO, Jorge. *Comunicación/ Educación. Ámbito, prácticas y perspectivas*, en Abatedaga, Nidia. *Por qué hablar de comunicación*, Cuadernos de capacitación, sin edición.

REGUILLO CRUZ, Rossana. *La construcción simbólica de la ciudad. Sociedad, desastre y comunicación*, Editorial Pandora, México, 1996.

SANGUINETTI, Luciano. *Comunicación y medios. Claves para pensar y enseñar una teoría latinoamericana Sobre comunicación*, Capítulo II, Facultad de periodismo y comunicación social, UNLP, 2001.

SCHMUCLER, Héctor. “La investigación (1982): un proyecto de comunicación/ cultura”, en *Memoria de la comunicación*, Biblos, Buenos Aires, 1997.

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene. et. al. *Métodos cualitativos II. La práctica de la investigación*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992b.

VASILACHIS DE GIALDINO, Irene. *Métodos cualitativos I. Los problemas teórico-epistemológicos*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992a.

WILLIAMS, Raymond, *Cultura: sociología de la comunicación y del arte*, Paidós, Barcelona, 1982.
